

La dimensión catequética del icono en el espacio de la Iglesia greco-católica

Nicoleta Marțian y Sorin Marțian¹

Resumen

El icono es fundamental en la vida cotidiana de los cristianos orientales, actuando como un medio de comunicación de la fe y como un reflejo de la experiencia espiritual y cultural. Su uso en la catequesis y en la liturgia permite captar la esencia de la tradición cristiana y facilitar el encuentro con Dios. A través de la contemplación de los iconos, los fieles tienen acceso a verdades espirituales profundas, mientras que su simbolismo y estética instruyen y emocionan.

Cada icono, resultado del trabajo de un creyente que invoca la tradición y la espiritualidad, combina elementos visuales, colores y formas que tienen significados teológicos específicos. Estos símbolos varían según diferentes corrientes y escuelas de iconografía, pero siguen cánones que aseguran la coherencia doctrinal.

Los iconos también representan temas clave de la historia de la salvación y son considerados como un medio para experimentar la presencia divina.

Palabras clave

Icono, catequesis, liturgia, símbolo, historia de la salvación

“Al levantarse la aurora, el rostro recién lavado. Me fui a la iglesia a santiguarme ante los iconos y rezarle al buen Dios. Nadie me vio, nadie me escuchó, salvo la Madre del Señor, Ella sí me vio, me escuchó y me respondió: “Deja de cantar, detén tus lamentos, porque te tomaré conmigo, en las aguas del Jordán te lavaré, y de todo mal te purificaré” (Oración ante el icono)²

-
- 1 Dr. Nicoleta Martian, profesor titular de la Facultad de psicología y ciencias de la educación, Universidad Babeș-Bolyai, Cluj-Napoca (Rumania). Dr. Sorin Martian, profesor titular de la Facultad de teología greco-católica, Universidad Babeș-Bolyai, Cluj-Napoca (Rumania)
 - 2 K. Miya, *La Roumanie des quatre saisons. Le Maramures photographie par Miya Kosei*, Editions du Muséum, Paris 1997, 77.

1. Introducción

Para los cristianos de Oriente el icono forma parte de lo cotidiano. El patrimonio religioso del icono es un conjunto de libros abiertos que dan testimonio de la fe de aquellos que nos han precedido. Está vivo puesto que nos habla de hombres y mujeres que creen, dudan, esperan. Cada época con sus riquezas y sus límites, sus contradicciones y sus búsquedas. Nuestros santuarios nos hablan de ello si sabemos leerlos bien³. Tiene algo de catecismo: es un libro que contiene la Palabra de Dios y la Tradición – como dice Thabor, la enciclopedia de los catequistas, “todo en la herencia del pasado eclesial puede tomar fuerza y hacerse verdad para dar sentido a los interrogantes de nuestro tiempo”⁴ y aporta innumerables elementos pedagógicos y de reflexión. Se podría decir también que nuestro patrimonio religioso del icono es un conjunto de lugares catequísticos; es decir “lugares para enseñar a aquellos que quieren aprender, para celebrar con aquellos que profesan nuestra fe”⁵. Pero lo que está en juego no es sólo eso. Se trata también de crear con él lugares de sentido para las comunidades, “cristianos que se encuentran con gente de paso e interaccionan con ellos”⁶.

El Directorio para la catequesis⁷ presta atención a este aspecto y dice en los artículos 209 y 210: “Las imágenes del arte cristiano, cuando son auténticas, permiten, a través de la percepción sensible, intuir que el Señor está vivo, presente y activo en la Iglesia y en la historia”⁸. En consecuencia, son un verdadero lenguaje de la fe. Es famoso el dicho: Si un pagano os pide: “Muéstrame tu fe” [...], llevadlo a una

3 He aquí algunos iconos de las iglesias de Transylvania que se encuentran en el Museo Bruckental, Sibiu: *Icoana Pantocrator*, anónimo siglo XVIII; *Icoana sf. Nicolae* (p. 3), s. XVIII, y el icono *Adormirea Maicii Domnului*, Le Musée Granicerec, Nasaud.

4 A.-M. Aitken (ed.), *Thabor, l'encyclopédie des catéchistes*, Desclée, Paris 1993.

5 H. Derroitte, “De Vatican II à l’an 2000, qu’est devenue la catéchèse?”, *Lumen Vitae* 55:1 (2000) 81-98, 93.

6 Derroitte, “De Vatican II à l’an 2000”, 94. Ver también C. Pinon – A. Gauthier, “Le patrimoine religieux, lieu catéchétique d’un éveil à la foi ouvert à tous?”, *Lumen Vitae* 58:2 (2003) 149-160.

7 *Directoriu pentru cateheză*, Sapiientia, Iași 2020, p. 146-147.

8 Cf. Ioan Paul al II-lea, Scrisoarea apostolică *Duodecim saeculum*, 4 decembrie 1987, II.



iglesia y colocadlo ante los santos iconos”⁹. Ese repertorio iconográfico, en su grande y legítima variedad de estilos, fue, a lo largo del primer milenio, un tesoro común de la Iglesia, pues recurriendo a la mediación de símbolos universales, satisfacía los deseos y los afectos más profundos, capaces de realizar una transformación interior. En nuestra época, las imágenes cristianas pueden, pues, ayudarnos a hacer la experiencia del encuentro con Dios a través de la contemplación de su belleza. Son imágenes que orientan

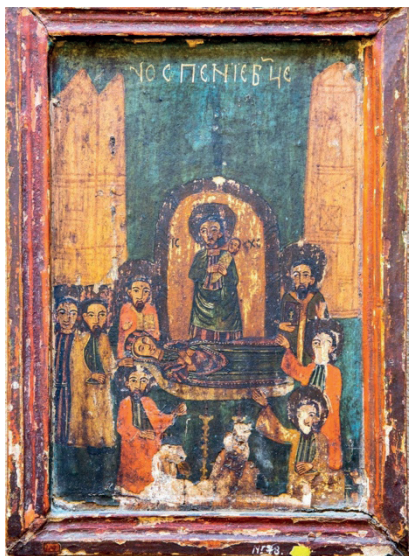
al espectador hacia un Otro invisible, permitiendo el acceso a la realidad del mundo espiritual y escatológico.

La utilización de las imágenes en la catequesis hace referencia a una antigua sabiduría de la Iglesia. Las mismas ayudan, entre otras, a conocer y a recordar más rápida e inmediatamente acontecimientos de la historia de la salvación. que algunos llaman la biblia pauperum, una colección ordenada de episodios bíblicos, visibles para todos, representados en diversas expresiones artísticas en las catedrales y en las iglesias, es todavía hoy una verdadera catequesis. Las obras de arte, cuando son elegidas con cuidado, pueden ayudar a mostrar los numerosos aspectos de las verdades de la fe de manera inmediata, impresionando el corazón y ayudando a interiorizar el mensaje.

2. Icono - claves de lectura

“Icono” es una palabra griega que significa sencillamente “imagen”. Pero ¿por qué no decir simplemente “imagen”? Porque el icono es algo distinto de lo “que nuestra cultura atribuye a la palabra imagen”. El icono – al menos en su origen – es el fruto de un creyente, de un espiritual, de un hombre de oración, de ascesis y de tradición. Antes de pintar el icono, ha orado y ayunado. Al pintarlo, reza, ayu-

9 *Adversus Constantinum Caballinum*, 10: PG 95, p. 325.



na, se somete a la tradición. A una doble tradición: las escenas que representa vienen de la tradición de la Iglesia. Y los “cánones” (las reglas) de su arte provienen de los antiguos: colores, formas, símbolos, nombres, estructura, etc. Cuando ha acabado su trabajo todos reconocen “una obra espiritual”.

Actualmente existen diversos géneros de iconos:

- Los “auténticos”, únicos, que datan de hace varios siglos, raros y costosos. Allí donde existen es algo maravilloso.
- Piezas únicas (por tanto, auténticas) pintadas hoy por una nueva generación de pintores espirituales.
- Finalmente – y a dejarlas de lado – las reproducciones salvajemente pegadas sobre contrachapado y reproducidas en cadena. Olvidarse también de los iconos-imágenes que sirven de señal para encontrar la página de un misal. Porque todas representan como una “especie de sacramento”, es decir una expresión visible de una realidad invisible, un camino sensible para llegar a lo Divino – un encuentro de Dios y el hombre. Hay que dejarse mirar por el icono que es una ventana abierta, pero no “complaciente” pues el icono no está hecho para ser admirado. La fe surge de la imagen para ser aprehendida por nosotros, para traspasar nuestra alma.

No hay mejor manera de definir un icono que llamándolo un camino. Por él, el misterio de Dios llega hasta nosotros; y nosotros, pasando por él, pero sin por ello complacernos en él, caminamos hacia Dios.¹⁰

Así pues, ¿qué es un icono? Obra de arte, de ascesis, el icono quiere ser ante todo un soporte de contemplación. Forma parte integran-

¹⁰ D. Dufrasne, *Les icônes: chemins de priere*, en Direct, *Icone*, 1986, 105, número especial, p. 4.



te en Oriente del culto litúrgico. Se lo encuentra también en las casas. “Ventana hacia el Absoluto” (sobre el mundo divino), ofrece, a la vez, una mirada llena de esperanza sobre los aspectos humanos y terrestres de este mundo a la espera y en camino de transfiguración. En el cruce de los mundos divino y humano, el icono sirve también como eco del misterio de la encarnación. Lo prolonga y subraya con gravedad el dinamismo humano-divino que mueve nuestra historia (la de los hombres y más en general la del cosmos, “a la espera de

la revelación del hijo de Dios”) y la lleva a su culminación por medio de la Iglesia. En efecto, el icono es la irrupción de la gloria y de la belleza del Reino eterno que nos está prometido y del cual nosotros recibimos el anticipo real e inmediato en la experiencia viva de la Iglesia.

Desde el punto de vista histórico¹¹, ha tenido una historia agitada: nacido en el siglo V, el icono no conquistó su legitimidad hasta después de largos y violentos combates. En efecto, en los siglos VIII y IX, se produjo en el imperio bizantino una grave disputa en torno a una doctrina llamada “iconoclasia” que prohibía como idolatría la representación y la veneración de las imágenes sagradas. Condenada por el concilio de Nicea, en 787, la misma no resultó verdaderamente vencida hasta el 843.

2.1. Algunos elementos de decodificación¹²

El significado de los múltiples elementos que componen los diversos iconos existentes no es unívoco: varias escuelas y corrientes transitan por la historia de la iconografía oriental en perpetua evolución.

11 Chantal van der Plancke, “Icônes: quelques clefs de lecture”, en el curso *Art et théologie*, Lumen Vitae 1996-1997, 5-8.

12 van der Plancke, *Icônes*, 5-8.

Las condiciones materiales de fabricación de los iconos además han variado según los lugares y los tiempos. No obstante, una serie de reglas de representación, llamadas “cánones”, garantizan una continuidad doctrinal allende de las fronteras.

2.2. Los temas

Los iconos representan personajes-clave de la historia de la salvación. Así, por ejemplo, nos encontramos en los “iconostasios” clásicos sucesivamente:

ICONOSTASIO (CLÁSICO)

CRUZ (AXIS MUNDI)



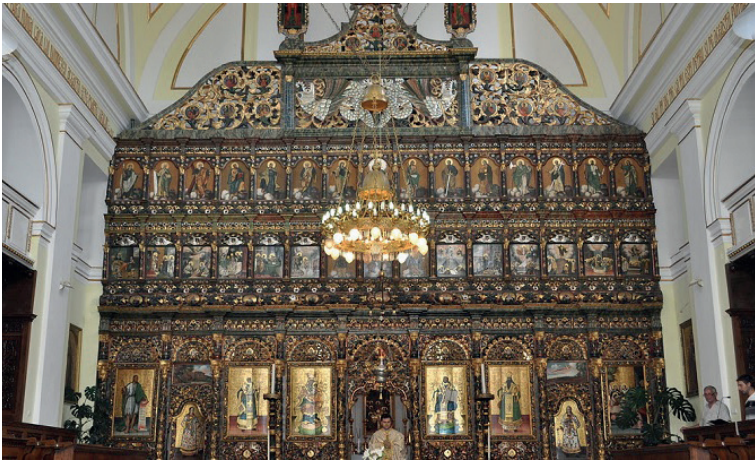
Las dos primeras líneas: la Iglesia y el Antiguo Testamento.

los Patriarcas (de Adán a Moisés)
los Profetas (de Moisés a Cristo)

Las dos líneas siguientes: La Iglesia y el Nuevo Testamento.

Las 12 fiestas (4 de la Virgen María / 6 de Cristo / 1 de la Cruz / 1 de la Iglesia)

Déesis (Intercesión) María - Cristo - Juan Bautista. La oración de la Iglesia por el mundo.



Iconostasio de la catedral greco-católica de Blaj.

Los iconos ilustran una multitud de otros temas, como por ejemplo acontecimientos de la vida de un santo, la Sabiduría Divina, etc. Citemos también los cuatro grandes tipos de iconos consagrados a la Madre de Dios (*Theotokos*): presidiendo, rezando (*la Orante*), mostrando el camino (*Hodighitria*), misericordiosa (*Eleousa*).

2.3. Los símbolos¹³

He aquí algunos símbolos típicos de la iconografía bizantina tradicional con su significado:

- Tres estrellas sobre el velo de la Virgen (una sobre la cabeza y las otras dos sobre los hombros) = su triple virginidad: antes, durante y después

¹³ Nos hemos inspirado en Dom Ild. Dirks, *Les saintes icônes*, Prieure d'Amay sur Meuse, 1939, 50-55.

del nacimiento del Salvador.

- Una aureola formada por dos triángulos ubicados en forma de estrella alrededor de la cabeza de Cristo Salvador = la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en una sola persona la de Cristo.
- Una aureola crucífera en torno a la cabeza del Cristo, llevando las letras OHN = inscripción que significa “El que es”.
- San Juan el Precursor (Juan el Bautista) flanqueado por alas = el más grande entre los nacidos sobre la tierra, es también el enviado por Dios.
- Personaje aureolado con los pies desnudos = un ángel o un apóstol; una persona de la divina Trinidad (si la aureola es crucífera).

2.4. Los colores

Los colores participan de una forma muy particular de la simbología del icono:

- *Rojo-sangre y fuego*: amor, sacrificio (Cristo derramando su sangre), belleza, poder bajo su aspecto humano y puramente terrestre, pero también venganza (función guerrera de Cristo aplastando a sus enemigos); fuego del infierno.
- *Púrpura*: riqueza y poder (símbolo imperial), realeza y sacerdocio recibidos de Dios.
- *Marrón*: humildad (aplicada a los rostros y a las partes visibles del cuerpo humano salido de la tierra y destinado a volver a ella); aplicado a todo aquello que es “solamente terrestre”.
- *Verde*: vida y renovación, regeneración espiritual, participación en la divinidad o en lo terrestre vivificado por la luz (plantas), crecimiento, fertilidad y por lo tanto esperanza.
- *Azul*: (marino o celeste profundo) (claro): participación en lo divino inefable o en la infinitud del cielo o del mar, trascendencia, la sabiduría.
- *Blanco; Oro*: pureza, inocencia, inmortalidad, iluminación interior, transfiguración y resurrección, ángeles y elegidos del cielo, reflejo del esplendor divino en el cual están inmersos todos los elegidos.
- *Negro*: Ausencia de todo, tinieblas, muerte, ascesis (vestidos de los monjes ya “muertos a este mundo”).
- *Amarillo*: ver el color oro; o tristeza constante.

3. El lenguaje del icono. La dimensión catequética

La Iglesia atribuye una gran importancia a la imagen porque es una verdadera confesión de la fe cristiana. El lenguaje del icono es un arte pedagógico capaz de educar a la gente al transmitir enseñanzas dogmáticas y al santificarlas mediante la presencia gratuita del Espíritu Santo. El icono, mediante su lenguaje, traduce sobre la tierra el reino de Dios que acompañará al creyente a lo largo de toda su vida.

El lenguaje de la imagen es un verdadero arte pedagógico capaz de llevar a cabo una catequesis del mismo modo que la liturgia, transmitiendo toda la riqueza de la enseñanza dogmática. Cada obra de arte, tanto occidental como oriental, que concierna a algún aspecto religioso, es una génesis para una teología del arte, el comienzo de una creación que aporta con ella la gran riqueza de los símbolos que pueden suponer toda una teología. Indiferentemente de su proveniencia, cada icono, puede ser valorado teológica y catequísticamente en cada ambiente cultural, partiendo de la universalidad del mensaje cristiano, mensaje que se apoya sobre una misma teología y que trasciende las culturas y las épocas.

Nuestro estudio pretende mostrar cómo el lenguaje del icono, en la perspectiva del símbolo, puede ser utilizado en la catequesis, mostrando que comprender el sentido real de dicho lenguaje es, de hecho, comprender su mensaje y su significado, es comprender el testimonio que aporta desde las profundidades del cristianismo. El encuentro con el lenguaje del icono responde al problema de nuestro tiempo, el problema del hombre bloqueado por el humanismo secularizado. Hoy en día, el pensamiento se halla reducido al racionalismo, de tal suerte que ya no está capacitado para suministrar las herramientas para una comprensión integral de la vida. Aunque vivamos en una cultura de la imagen, se hace sentir la necesidad de un lenguaje trans individual que se abra a la alteridad y sea consciente del ser en su complejidad¹⁴. De ahí el interés suscitado por el icono en el mundo contemporáneo.

14 T. Spidlik – M. I. Rupnik, *Credință și icoană*, Dacia, Cluj-Napoca 2002, 8.

Para el Oriente cristiano e implícitamente para la Iglesia greco-católica, para la catequesis de nuestros días, el lenguaje del icono es el lenguaje que comunica una presencia, y que posee una función de intercesión y de comunicación. El icono es una predicación figurativa porque la vista conduce con frecuencia a la fe mejor que el oído, dado que lo que se halla ubicado ante los ojos tiene un mayor poder de impresión y penetra mediante la percepción en la parte afectiva del hombre. El icono es una representación, pero no cualquier representación, sino una imagen reproducida según criterios precisos, impuestos no solamente por las reglas del arte y de la cultura, sino también por la doctrina de la Iglesia¹⁵.

Los iconos son un medio apropiado para ayudar a los destinatarios de la educación religiosa a comprender las doctrinas religiosas y a suscitar sentimientos piadosos. En ellos, la verdad está representada bajo una forma concreta, de forma tal que hasta los analfabetos pueden verla y leerla. No obstante, la imagen no va dirigida solamente a ellos, sino a todos aquellos que participan en los misterios de la Iglesia, puesto que se trata de una catequesis apriorística. El icono es un aspecto de la revelación divina y de nuestra comunicación con Dios¹⁶.

Si bien para algunos el icono no es más que una obra de arte, para los fieles greco-católicos y ortodoxos orientales, es el lugar en el que ellos se reencuentran en un mismo parentesco espiritual, es un verdadero fermento de unidad. El icono es una comunicación. Sabemos que existe una comunicación cuando miembros de unos niveles correspondientes intercambian testimonios y signos de lo que piensan, de lo que quieren llegar a ser, y que así aportan algo nuevo a los demás. La comunicación implica pues personas libres para el intercambio interpersonal. El icono, por todo lo que representa, comunica la grandeza de Dios a través de un mundo de signos y es un lugar de intercambio interpersonal.

15 V. Răducă, "Présentation" en M. Quenot (ed.), *Icoana, fereastră spre absolut*, Editura Enciclopedică, București 1993, 6-7.

16 M. Quenot (ed.), *Icoana, fereastră spre absolut*, Editura Enciclopedică, București 1993, 10-11.

Así pues, el icono es el principal nivel de conexión entre la tierra y el mundo del más allá. En la Iglesia, el Evangelio, los textos litúrgicos y los iconos son coincidentes. El icono proporciona una revelación del misterio proclamado. Para un cristiano impregnado del mensaje de los iconos, toda lectura sagrada adquiere una dimensión nueva. Desde un punto de vista didáctico, la comprensión del lenguaje del icono va de la mano con el esfuerzo de lectura y de comprensión del texto bíblico que le da vida y sentido.

4. La dimensión teológica de los iconos

Juan Pablo II declaró: “El redescubrimiento del icono cristiano nos ayuda a tomar conciencia de la necesidad de tomar posición frente a los efectos despersonalizantes y a veces degradantes de las imágenes que condicionan nuestra vida a través de la publicidad y los medios de comunicación, pues se trata de una imagen que nos hace vislumbrar al Otro invisible y nos permite acceder a la realidad de un mundo espiritual y escatológico”¹⁷. El patriarca ecuménico Dimitrios I ha declarado: “En el Oriente ortodoxo, la realidad del icono ha logrado y sigue logrando todavía armonizar estos dos elementos, el espíritu y la materia, en la inteligencia, una dimensión que es la de la dialéctica particular de nuestra espiritualidad y que encuentra su expresión artística perfecta e inspirada precisamente en el icono”¹⁸.

El icono es la imagen santa tal como el artista la pinta sobre tablas de madera y sobre cualquier soporte material apropiado, y tal y como la venera. Todo icono es imagen de un rostro. Un rostro humano es un lugar irreductible al espacio. En él, la persona se revela como imagen de Dios, única en el mundo, inimitable, irreproducible, inconfundible. Es aquello que nunca se verá dos veces. No obstante, un icono no es simplemente el rostro, el rostro de alguien – de Cristo, de la Madre de Dios, o de los demás santos, así como de los santos ángeles. Es también y ante todo un *rostro de eternidad*, el rostro de un santo, es decir de una mujer o de un hombre transfigurados por el

17 Ioan Paul II, *Scrisoarea apostolică pentru al 12 lea centenar al Conciliului de la Niceea II (787), închinat venerării icoanelor*, Roma, 4 diciembre, 1987.

18 *Enciclica Patriarhului Ecumenic Dimitrios I pentru al 12 lea centenar al Conciliului de la Niceea II (787), închinat venerării icoanelor*, Constantinopol, 14 sept. 1987.

Espíritu Santo, es hermoso, pero de una belleza totalmente interior, que viene de dentro, como la luz que irradia de un icono. Es una belleza que sube del *corazón*, en el sentido bíblico, es decir cognitivo y no afectivo de la palabra, y que perfora la cerrada opacidad del mundo decaído y animalizado por el pecado. Y aquí, podemos hacer referencia a dos textos de san Pablo en su segunda carta a los Corintios. En el capítulo 3 de dicha carta, en el versículo 18, san Pablo escribe que: “contemplamos como en un espejo la gloria del Señor”. Y, en el capítulo siguiente, los versículos 5 y 6 hablan de Dios que “hace brillar la luz en nuestros corazones para hacer resplandecer el conocimiento de la gloria que brilla en el rostro de Cristo”. *El corazón del hombre es un órgano de conocimiento de la gloria de Dios*. Pero, dado que dicho conocimiento no es intelectual sino sapiencial, es decir interiorizado y vivido, saboreado, inseparable del amor, el conocimiento de la gloria de Dios no le es propuesto al hombre sino para que él lo viva tan intensamente que acabe reflejándolo. De los santos representados por los iconos, el oficio bizantino canta: “Tu luz resplandece sobre los rostros de tus santos”. La Iglesia sueña entonces en la palabra del Señor referida a sus discípulos: “vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5, 14). Solo los santos son los verdaderos discípulos de Cristo en la medida en que sólo ellos tuvieron suficiente fe y amor para ser lo que Cristo dijo que el hombre debe ser cuando confiesa la filiación divina de Jesús de Nazaret¹⁹.

El icono es una teofanía por medio de la imagen. Los iconos son un espejo de la Luz increada, serena y alegre manifestada en este mundo de angustia sobre el Rostro del Hijo, de uno de la Trinidad convertido en uno de los hombres. El primer icono, *el icono por excelencia*, fundamental, no hecho por manos humanas – es el *rostro mismo de Cristo*. Los nimbos que rodean los rostros representados en los iconos son la irradiación de su luminosidad. Si han sido pintados según las reglas establecidas por la Tradición de la Iglesia, un icono no recibe la luz de fuera, es del interior desde donde es iluminado, su luz es su tema: no se ilumina la luz del sol. Es el icono el que irradia, iluminado como está desde el interior. Un iconógrafo pinta con la luz tabórica, divina e increada. Esa es la razón por la cual, el primer icono que pinta un iconógrafo principiante es el

19 D. Dufrasne, “Les icônes: chemins de priere”, *Îcône* 105 (1986) 4.

de la Transfiguración. En la iconografía ortodoxa, una visión teológica, dogmática inflama e ilumina la perspectiva estética. El icono tiene por misión sugerirnos nuestra semejanza con Dios restaurada por la encarnación y la resurrección de Cristo, por la humanización del Emmanuel, del *Dios-con-nosotros*. Nos confirma nuestra verdadera naturaleza, nuestra vocación y nuestro destino.

La pintura del icono, es un acto teológico. La belleza de los iconos sobre madera no es la de una obra de arte, aunque la misma tratase de un tema religioso. La belleza del icono, es su verdad dogmática. La pintura de iconos es un acto teológico, un compromiso doctrinal y dogmático. En todo icono digno de tal nombre, hay algo que no es de este mundo, algo – o más exactamente, alguien – que viene de más allá²⁰.

5. Icono. Operador de la Alianza

La fe es un movimiento sustancial del hombre hacia Dios. El movimiento de la fe es una experiencia de alianza. Dentro de este contexto, en una perspectiva catequética, el lenguaje del icono es el operador de la alianza. En la tradición bíblica, la creación es vista dentro de la lógica de una comunicación, de una alianza, de un don. La palabra de Dios crea y da la vida. La Escritura nos dice que la humanidad ha sido querida por Dios dentro de la perspectiva de una comunicación, de una alianza. En esta dinámica, la humanidad está llamada a reconocer la gratuidad del don de la vida²¹. Si la primera alianza de Dios con el pueblo de Israel se dirige de hecho a toda la humanidad, la nueva alianza en Jesucristo viene como una añadidura, como un exceso de la generosidad del don de la creación. La especificidad de la Nueva Alianza reside en la novedad de la persona de Jesús de Nazaret²².

El símbolo icónico se injerta sobre la fe y la religión, por ser la fe un movimiento del hombre hacia Dios y un movimiento de respuesta a la Alianza. El símbolo icónico contiene en sí la presencia de aquello que simboliza. Desempeña la función comprensiva del *sentido* y se

20 Dufrasne, "Les icônes", 4.

21 A. Fossion, *La catéchèse dans le champ de la communication*, Cerf, Paris 1990, p. 388.

22 Fossion, *La catéchèse*, 392.

presenta como el receptáculo que expresa la *presencia*. El conocimiento simbólico recurre a la facultad contemplativa del espíritu, a la imagen que evoca e invoca, para descifrar el *sentido* y comprender la *presencia*, figurada, simbolizada, pero muy real, de la trascendencia²³.

Ningún icono se limita a mostrar una escena o un personaje. Implica también un sustrato teológico. Por sus propios medios, el icono pinta lo que la Escritura enseña mediante la palabra²⁴. El fundamento bíblico del icono reside en el hecho de que el hombre ha sido creado a imagen de Dios. Dios habla un lenguaje humano y tiene un rostro humano. La encarnación proviene del deseo de Dios de hacerse hombre y de hacer de su naturaleza humana una teofanía, un lugar y un icono de su presencia²⁵. El objetivo de la imagen neotestamentaria es precisamente manifestar lo más fielmente y lo más completamente posible la verdad de la encarnación divina. La imagen del hombre Jesús es la imagen de Dios²⁶. Por eso, con el fin de acercarnos a su comprensión, abordaremos a continuación un ejemplo de lectura de un icono en clave bíblica y didáctica.

6. Una lectura catequística del icono de Jesús - la viña



Icono de la viña, autor desconocido, proveniente de Transilvania.

Generalmente, los iconos que representan a *Jesús - la viña* están pintados sobre vidrio y se encuentran principalmente en la región de Transilvania. Son verdaderas obras de arte de nuestra iconografía popular. En uno de esos iconos, el Salvador está representado sentado sobre una mesita ante la cruz pintada en plata, las piernas y el torso desnudos, como en la escena de la crucifixión. Del lado izquierdo crece una viña con racimos de uva, que se enrolla en torno a la cruz describiendo un arco de círculo. El Salvador exprime los granos de uva en

23 P. Evdokimov, *Cunoașterea lui Dumnezeu în tradiția răsăriteană*, Christiana, București 1995, 118.

24 E. Sandler, *Icoana, imaginea nevăzutului*, Editura Sofia, București 2005, 76.

25 Evdokimov, *Cunoașterea lui Dumnezeu*, 127.

26 L. Uspenski, *Teologia icoanei în Biserica Ortodoxă*, Editura Anastasia, București 1994, 112.

un recipiente en forma de cáliz, colocado sobre la misma vasija que se encuentra a su lado²⁷.

Desde un punto de vista estético, el icono de *Jesús – la viña* presenta todas las características importantes de la iconografía bizantina. A pesar de estar pintado sobre vidrio en vez de sobre madera, atrae la mirada por su sencillez, su claridad y su equilibrio. Los elementos pintados están representados de manera esquemática, por ser el objetivo principal centrar la atención sobre Cristo.

Los colores son los utilizados habitualmente en la pintura sobre vidrio. El fondo es azul, considerado como el color de la trascendencia en relación a todo aquello que es terrestre y sensible. El azul da una impresión de profundidad y de calma, creando la apariencia de un mundo surrealista e imponderable²⁸. El blanco de la viña expresa directamente el mundo divino. Por su efecto óptico, el blanco se identifica con la misma luz. Es sinónimo de pureza y de calma. El blanco es igualmente el color que aparece cuando Cristo es representado en la escena del entierro o en los iconos de la Transfiguración.

El verde de la viña es un atributo de la naturaleza, que expresa la vida vegetal. El verde armoniza el conjunto y expresa la vitalidad²⁹. El rojo de los racimos representa la riqueza (ver los reyes vestidos de púrpura) y, desde un punto de vista teológico, la sangre de Cristo.

El tema de la viña es frecuente en el arte de los primeros siglos cristianos. Se trata de una trasposición de las palabras de Cristo: “Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece unido a la viña, de igual modo vosotros no lo podréis si no permanecéis en mí. Yo soy la viña, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él lleva mucho fruto, pues sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,4-5). Estas palabras y la imagen asociada a ellas tienen un significado a la vez eclesiológico y sacramental³⁰. Con mucha frecuencia, la imagen

27 Typologie des icônes Jésus - la vigne en S. Boghiu, *Chipul Mântuitorului în iconografie*, Editura Bizantină, București 2001, 90.

28 Sandler, *Icoana*, 164.

29 Sandler, *Icoana*, 168.

30 Uspensky, *Teologia icoanei*, 40.

de la viña se ve completada por la de las vendimias o de los pájaros que se alimentan de uvas. En este caso, la viña recuerda a los cristianos el misterio central de la Iglesia, la Eucaristía. El pueblo que se reúne y los pájaros que se alimentan son imagen de los cristianos que comparten el cuerpo y la sangre de Cristo. En efecto, el mensaje eucarístico sale a la luz tras un primer análisis del icono: la viña emerge del costado de Jesús, el lugar en el que el Salvador fue traspasado por la lanza y de donde salieron “sangre y agua”, como lo sabía el autor anónimo según el Santo Evangelio (Jn 19,34)³¹.

En la liturgia cristiana, el vino y la viña tienen un significado particular. El vino y el agua mezclados simbolizan la naturaleza divina y la naturaleza humana unidas en la persona de Cristo. El vino simboliza a Cristo y el agua simboliza a la Iglesia. El conjunto del decorado del icono sugiere el carácter de la fiesta litúrgica y la anticipación de la fiesta escatológica³².

La imagen de la viña como símbolo remite al Antiguo Testamento y a la cultura oriental. Para los pueblos del antiguo Israel, la viña era considerada como un árbol sagrado. El árbol, vinculado al ritmo de las estaciones frutales, se ha convertido para los pueblos que viven colindantes con el desierto en una manifestación de la vida. La planta alcanza una altura que hace pensar en que une el cielo y la tierra. El árbol es también un símbolo de la divinidad – el árbol de la vida. En la lectura simbólica, la viña del icono se convierte en el árbol de la vida. El árbol es portador de un sonido, resuena, hay un murmullo en el árbol porque hay siempre un poco de aire que lo agita y lo hace murmurar. El murmullo es el anuncio de la palabra. Entonces el murmullo da ganas de ir a buscar la palabra que dicho murmullo anuncia, invita a trepar al árbol.

Podemos ya pensar en Zaqueo, que decidió trepar al árbol para descubrir a aquel que habla en el árbol. Así pues, hay alguien que habla en el árbol. El mismo libro del Génesis comienza con un árbol que habla: el árbol del conocimiento del bien y del mal. En particular,

31 Boghiu, *Chipul Mântuitorului*, 91.

32 C. Dumea, *Simboluri liturgice*, Editura Presa Bună, Iași 2007, 173.

se ha convertido en el árbol del mal, puesto que aquel a quien se escuchaba era a la serpiente que hablaba. Este es el mensaje que transmite el realce del símbolo del árbol. El árbol es también el símbolo de la fuente de una nueva generación y este aspecto recuerda el icono del árbol que crece a partir de Jesé.

La viña, como imagen, está vinculada a la viña del Señor sobre la cual el profeta Isaías compone un canto. En la parábola de los viñadores asesinos, Jesús indica claramente que, debido al rechazo de proporcionar el fruto esperado, la viña es quitada y entregada a otro pueblo que dé fruto a su tiempo: se trata del nuevo pueblo de Dios, la Iglesia (Mt 21,28-46). Así pues, la viña simboliza al pueblo cristiano, la Iglesia³³. En realidad, el icono de *Jesús – la viña* remite a la interpretación alegórica de la parábola mencionada anteriormente. Resulta claro que la viña representa a Israel, que el propietario de la viña es Dios, que los mensajeros son los profetas, que el hijo es Cristo, que el castigo de los obreros simboliza la ruina de Israel y que el pueblo que dará el fruto debido representa a la Iglesia³⁴. Así es como el icono de *Jesús – la viña* habla de nuestra identidad de cristianos y nos llama a la fe.

Un segundo ejemplo es un icono cuyo tema con frecuencia resulta difícil, es decir las representaciones del Zodíaco en los iconos. Nosotros nos hemos concentrado sobre el tema teniendo en cuenta el hecho de que se trata de un tema delicado en catequesis, sobre todo en nuestro ambiente, y que abordarlo en el contexto de una sociedad con una verdadera cultura del horóscopo puede plantear dificultades al catequista. Intentaremos mostrar que comprender el sentido real de este lenguaje, es comprender su mensaje y su significado, es captar el testimonio que aporta desde las profundidades del cristianismo y, es ofrecer, por otra parte, unas claves para leer en la perspectiva cristiana el sentido del zodiaco³⁵.

33 Dumea, *Simboluri liturgice*, 188.

34 J. Jeremias, *Parabolele lui Iisus*, Anastasia, București 2001, 77.

35 Icono del zodiaco, sigli XV (?), Nicula ou Făgăraș. El icono forma parte del patrimonio de la diócesis greco-católica de Cluj-Gherla, situada en Cluj-Napoca, rue Moșilor 26, y proviene de una colección privada.

También la Biblia habla de los signos del zodiaco (Jb 38,32) así como de varias constelaciones y nebulosas llamadas Orión, las Pléyades, la Osa Mayor (Am 5,8; Jb 9,9; 38,31-33): “¿Puedes tú, atar los lazos de las Pléyades, o soltar las riendas de Orión? Se ha podido constatar que estas constelaciones mencionadas en el libro de



Job eran exactamente las que se podían observar en la primavera y otoño del año 2130 a.C., es decir 180 años antes de Abraham, lo cual constituye un argumento suplementario para afirmar que ninguno de los nombres mencionados en el libro de Job es simbólico³⁶. La interpretación de los signos del zodiaco dio origen a la astrología, definida como el arte de determinar el carácter y predecir el destino de los hombres mediante el estudio de las influencias astrales, de los signos,

etc.³⁷. La astrología entra dentro de la categoría de la cartomancia, al igual que la lectura de los posos del café o la lectura de las líneas de la mano.

Este zodiaco ha marcado la vida de los hombres, su espiritualidad, inspirado a los constructores de catedrales o a los miniaturistas de libros de horas e incluso a los fabricantes de iconos de Transilvania. Las puertas de las catedrales de Vézelay, París, Amiens, Chartres, Cambrai, Sens o, más cerca de nosotros, la sala del zodiaco de Cluj-Napoca o el icono del zodiaco (de Nicula o Făgăraș) dan testimonio de ello. La representación del zodiaco bajo forma de arco de círculo aparece frecuentemente en las decoraciones de las catedrales, recordando la curva del sol y actuando como un calendario zodiacal: ascendiente de enero a junio y descendiente

36 D. Vernet, *Biblia și Știința*, Col. Glasul Îndrumătorului Creștin, Paris 1986, 44-45.

37 A. van Raemdonck, “Remettre son destin aux étoiles: pourquoi l’astrologie?”, *Lumen Vitae* 4 (1998) 429.

de julio a diciembre, simbolizando la duración de la evangelización a lo largo de todo el año. La curva es la aureola del Cristo cósmico derramando el Espíritu Santo sobre los apóstoles. Los trabajos de los campos acompañan siempre estas representaciones según la época del año, símbolo de la participación de los hombres en la victoria de Cristo. Los calendarios zodiacales no comienzan siempre por el mismo signo zodiacal pues, hasta el siglo XVI, el año comenzaba diferentemente de una región a otra, siguiendo la fiesta litúrgica que inauguraba el ciclo: Anunciación en marzo, Navidad en diciembre, Epifanía en enero.

Doce patriarcas – doce apóstoles: el judaísmo tomó el zodiaco como símbolo de los doce patriarcas o de las doce tribus de Israel. El zodiaco más conocido es el de la sinagoga Beth Alpha. El libro de los jubileos de 105 a. C., estableció una relación entre las doce lunas y los doce patriarcas. Esta similitud está respaldada por la profecía de la Escritura, Gn 49,9. 17, que compara a Judá con el león, a Dan con la serpiente, Isacar con el asno, Neftalí con la liebre y Benjamín con el lobo³⁸. Más adelante, Filón de Alejandría atribuyó los 12 signos del zodiaco a los patriarcas y a los 12 hijos de Jacob. Los dos granos sobre los hombros del gran sacerdote que llevan los nombres de los seis patriarcas son símbolos del zodiaco. Del mismo modo, las 12 piedras que el Sumo Sacerdote lleva sobre el pecho, símbolo de los patriarcas, representan las constelaciones de los pueblos que ya conocen la imagen eterna del cielo³⁹.

“Las doce piedras preciosas son las figuras de los doce animales del zodiaco. Son el símbolo de los doce patriarcas, porque sus nombres están grabados en ellas, queriendo prefigurarlas en estrellas y dar a cada uno, por así decir, su constelación. Además, cada uno de los patriarcas se convierte él mismo en una constelación, una imagen celeste, de tal forma que los jefes de los pueblos y los patriarcas ya no caminan sobre la tierra como mortales, sino convertidos en rayos celestes, circulan por el cielo adonde han sido elevados”⁴⁰.

38 Dumea, *Simboluri liturgice*, 195.

39 Ch. van der Plancke, “Le zodiaque: des portails de cathédrale aux kiosques de gare”, *Lumen Vitae* 4 (1998) 440.

40 Filón de Alejandría, *Quaest. Ex.*, 11.114 citado en Dumea, *Simboluri liturgice*, 195.

Clemente de Alejandría retoma el símbolo de los 12 patriarcas y lo reemplaza por los 12 apóstoles. Estos representarán los 12 meses y las 12 horas del día, simbolizando el hecho de que los 12 apóstoles giran en torno al Sol de justicia, Cristo, que se convierte así en el centro del zodiaco. Una imagen similar está igualmente representada en nuestro icono del zodiaco (Cristo, centro del universo, es el Alfa y la Omega, que rige los 12 meses del año y todas las actividades humanas. Su ojo vela sobre las cuatro estaciones ilustradas aquí por el círculo de desarrollo de las plantas y bendice al hombre). Además, Hipólito de Roma afirma que los 12 apóstoles (como los 12 meses) anuncian el año perfecto, Cristo. Las mismas comparaciones aparecen en Orígenes, Metodio del Olimpio, Agustín o Ambrosio que escribe: “hay 12 horas en un día; en sentido místico, el día es Cristo. Hay 12 apóstoles que brillan en la gracia del cielo”⁴¹. Así pues, el arte cristiano asociará los signos del zodiaco a sus representantes en torno al Sol de justicia: el Carnero corresponde a Pedro, el Toro a Pablo, los Gemelos a Andrés, etc. “Él (Cristo), el Sol, una vez surgido del seno de la tierra, ha mostrado a los doce apóstoles como las dos veces doce horas”; pues gracias a ellos se revelará el día, como dice el profeta: “He aquí el día que hizo el Señor” (Sal 117,24) ... Los doce apóstoles, como doce meses, anuncian el año perfecto, Cristo. El profeta dice también “Proclamad el año de gracia del Señor” (Is 61,2). Y puesto que el día, el sol, el año, es Cristo, debemos llamar a los apóstoles las horas y los días”⁴².

7. Esbozo de conclusión: el patrimonio religioso del icono, lugar catequístico de un despertar abierto para todos

¿Pueden los iconos permitir una catequesis para ser ofrecida a todos? La carta de los obispos de Francia afirma: “Por mucho tiempo, la actividad catequética se preocupó por los creyentes. Trabajaba por estructurar la fe (...). Actualmente, llaman a la puerta personas que buscan un camino posible. Del Evangelio, esperan una fuerza de renovación para su existencia”. Más adelante, insisten sobre el vínculo “vivo y vivificante que debe existir entre la catequesis y la liturgia, por una parte, entre la catequesis y el conjunto de la comunidad creyente por la otra”.

41 van der Plancke, “Le zodiaque”, 441.

42 Hipolit, *Binecuvântarea lui Moise*, XXV, 171 citado en C. Dumea, *Simboluri liturgice*, 196.

Fortalecidos por todas estas constataciones, nos parece que nuestra primera misión es la acogida. Es la primera etapa en el despertar de la fe cristiana. Por tanto, es importante que la misma sea de calidad. Lo cual supone, por supuesto, estar a la escucha de las solicitudes que se nos hacen, pero también eso implica una verdadera disponibilidad. La palabra de Dios que resonaba en ellos, que los ha inspirado, resuena en nosotros a través de su obra⁴³.

La obra de arte es a menudo oración del artista que la ha creado. Es una maravillosa catequesis el escuchar hablar de la manera en que da forma a los iconos. La oración es relación con Dios. “Es viendo rezar a los otros y uniéndose a ellos como uno puede a su vez rezar”. Es ante todo descubriendo el amor infinito de Dios como uno se puede dirigir a él. La experiencia personal de la relación con Dios no se aprende, pero el testimonio de hombres y mujeres que ponen su vida al servicio de Dios y de la humanidad, de artistas que traducen su fe en el arte: pintores, orfebres, músicos, es irremplazable⁴⁴.

El patrimonio religioso del icono, puede ser catequesis hoy, debe ser percibido como expresión de la celebración de la fe de la Iglesia en una comunidad cristiana determinada. Para ello, debe ser resituado en la historia particular de dicha comunidad. La Palabra que resonó para los antiguos catecúmenos puede también resonar en nosotros. Nuestros contemporáneos desean descubrir el patrimonio religioso: toca a nosotros ayudarles a percibir en él, el eco de la noticia de la salvación ofrecida a todo hombre, imagen y sacramento del Hijo. “Lo que hayáis hecho a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo habéis hecho” (Mt 25, 40).

Esta panorámica general muestra que nuestro patrimonio es suficientemente rico para proponer una catequesis coherente. No obstante, no se trata de “instrumentalizarla”, sino de darle su valor inestimable de testimonio de fe de las comunidades cristianas que nos ha precedido.

43 C. Pinon – A. Gauthier, “Le patrimoine religieux, lieu catéchétique d’un éveil à la foi ouvert à tous?,” *Lumen Vitae* 58:2 (2003) 149-160.

44 Pinon – Gauthier, *Le patrimoine religieux*.

Por consiguiente, desde un punto de vista didáctico, el objetivo de la utilización del icono para transmitir el mensaje divino es hacer la experiencia del paso de la contemplación del icono a la catequesis, por tener la imagen una función positiva en la actividad del aprendizaje. El objetivo principal de la catequesis, es la adhesión viva a Cristo. La utilización de los iconos en catequesis para comprender los símbolos cristianos significa utilizar el icono cristiano para sostener y educar la participación en la vida de la Iglesia, en la oración personal o comunitaria. Llamado teología de la imagen, el icono transmite las verdades de la fe. Por ser su lenguaje la teología y la presencia, la manifestación visible de lo que no puede ser visto, el icono anuncia y hace presente lo que el Evangelio nos dice en palabras. El icono es al ojo lo que la palabra al oído. El icono, al igual que la homilía, está integrado en el misterio litúrgico y, esta integración es esencial pues, fuera de la liturgia, el icono no tiene sentido. En su función litúrgica, simbiosis de sentido y de presencia, el icono santifica la naturaleza, haciendo de una casa ordinario una iglesia familiar y de la vida de un creyente una liturgia interiorizada y continua. Quien mira el icono, además del mensaje que recibe a través de su lenguaje específico, recibe también la mirada de Dios. De esta forma, el icono logra modelar el interior sobre la irradiación que el más allá da sin prejuicios.